

gracia y unción que al bajar del púlpito tenía que sentarse en el confesonario para oír las confesiones de los muchos pecadores por este medio convertidos. El 1.º de Enero de 1848 escribía desde Barcelona á su íntimo amigo Caixal: "Hoy hemos empezado la novena del Corazón de María. Haga Dios que recojamos los abundantes frutos que hemos recogido en Vich y Manresa; confío que no serán escasos en ésta, como lo ha indicado la muchedumbre de señores y señoras que me han pedido confesión al bajar del púlpito."

La santísima Virgen le había dado á conocer las inmensas llamas de divino amor que en su purísimo Corazón ardían, y que para pegar este fuego en las almas no había otro medio mejor que caldear sus discursos en la fragua de este Corazón ardentísimo, centro del amor de toda la Beatísima Trinidad.

Este amoroso incendio lo explica el mismo P. Claret de un modo maravilloso en el día cuarto de la novena al Corazón de María que compuso el mismo Padre é hizo imprimir con el opúsculo de la Archicofradia, adonde remito á mis lectores.

No acabaríamos nunca si quisiéramos hacer ver circunstanciadamente el impulso que nuestro Padre dió á todas las obras de celo en Cataluña: baste decir que al calor de sus predicaciones, además de las obras que de nuevo brotaron, reverdecieron todas las antiguas, las cuales á su tiempo, con las flores del buen ejemplo, trajeron frutos de santidad. Pero nada hemos dicho aún de su obra principal y que más nombre le dió, cual fué la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pues de intento la hemos dejado para lo último por hablar de ella con mayor extensión, según lo requiere la importancia del asunto. Por esta misma causa trataremos de ella en capítulo aparte, en donde podrá ver el piadoso lector el verdadero espíritu del P. Claret y contemplarlo en su propio centro y reflejado en sus hijos.



CAPÍTULO XII

DE LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

1. Preparativos para la fundación.—2. El Seminario de Vich escogido para cuna del nuevo Instituto.—Noticias de los primeros Padres.—D. Esteban Sala: su vida angelical y sus bellas cualidades.—D. Jose Xifré: energía de su carácter y su celo apostólico.—El joven D. Manuel Vilaró: dulzura y jovialidad de su carácter.—Su muerte edificante.—D. Domingo Fábregas: su observancia y celo.—Candor amable del P. Clotet, último de los cofundadores.—Su providencial vocación referida por él mismo.—Providencia amorosa de Dios en la fundación del nuevo Instituto.—Inauguración del mismo.—El Misionero definido por el P. Claret.—La regla viva y la regla escrita de la Congregación.—3. Traslación de la pequeña Comunidad al convento de la Merced.—Pobreza primitiva.—Segunda edición de Fr. Junípero.—El P. Claret convertido en enfermero.—4. Individuos que fueron admitidos en los primeros años de la Congregación.—El P. Bernardo Sala.—D. José Homs.—El P. Ignacio Carbó.—Su muerte angelical.—El P. José Reig.—Otros individuos.—Virtud de dos hermanos.—Las carmelitas terciarias.—Su origen y sus pruebas.—El P. Claret levanta su decaído espíritu.—Reorganización de su Instituto y reforma de las Constituciones.—Incremento de las Hermanas bajo la dirección del P. Esteban Sala.—Cómo floreció el Instituto bajo la dirección de su hermano Bernardo.—5. Contrariedades que tuvo la Congregación, y causas de ellas.—6. Sucesos y trabajos apostólicos de los primeros Padres.

1. Nadie mejor que el P. Claret conocía en su tiempo las necesidades de la presente época, y ninguno acaso trabajó con más empeño que él para poner á ellas eficaz remedio. Hemos ya visto, aunque someramente, cómo dió impulso y vigor á las Asociaciones é instituciones piadosas que más tendían á encauzar por el camino del cielo las energías y tendencias de este siglo, desbordadas á impulsos de Satanás por los campos del vicio y de la corrupción. Mas en su corazón de Apóstol había el Señor sembrado una semilla fecunda que debía desarrollarse hasta convertirse en árbol frondosísimo, las ramas del cual se extendieran por todo el orbe, cobijando bajo su sombra las aves del cielo y las florecillas de la tierra. El espíritu del P. Claret era un espíritu esencialmente apostólico, un es-

píritu de Misionero. Cuantas gotas de celestial rocío caían sobre su abrasada alma, trocábanse en leves vapores que luego, como divina lluvia, iban á fecundar por medio de sus palabras la tierra estéril de los corazones de sus hermanos. Cuanto veía y oía, cuanto contemplaba en la oración y aprendía en el ejercicio del ministerio, eran llamas de fuego que, á la vez que le inflamaban el corazón con divinos incendios, levantaban en todo su ser llamas de un fuego bullidor que le devoraba, llamas de inextinguible celo que daban ligereza de ciervo á sus pies para buscar las almas, movimiento á su lengua para hablar de Dios y de la salvación, y unción y energía á sus palabras para arrancar chispas de amor y arrepentimiento de las almas más empedernidas.

La divina Providencia, que todo lo dispone con admirable suavidad, habíale prevenido con este espíritu y temple apostólico para que fuera instrumento apto á la grande obra que por su medio intentaba realizar en favor de los hombres. Ya en 1839, antes de ir á Roma para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, habíale el Señor inspirado el pensamiento de fundar una Congregación de Misioneros que se dedicaran con fervor á la salvación de las almas por medio del ejercicio del ministerio apostólico, y mayormente recorriendo los pueblos y aldeas con la predicación y convidando á los hombres á penitencia. Esta idea, vagamente entonces concebida, la comunicó á su director espiritual; mas como no estaba aún bien sazónada, ni las circunstancias de los tiempos eran á ella favorables, hubo por de pronto de aplazar su ejecución y esperar á que el Señor manifestara más claramente su voluntad. Pasaron algunos años, en los cuales practicó de un modo admirable la vida celestial que había de enseñar después á sus Misioneros; y amaestrado con la experiencia, al paso que crecían sus deseos por servir al Señor en aquella obra, que ya por él tantos bienes producía, iba dibujando en su alma con nuevas y más perfectas líneas la futura Congregación. En los últimos años del decenio, esto es, de 1844 á 1849, se le juntaron algunos sacerdotes, á quienes él pegó parte de su espíritu apostólico, y que le seguían y ayudaban en sus tareas cuando predicaba en Cataluña; pero no tenían carácter de estabilidad ni hacían vida perfectamente común, que era lo que nuestro Padre anhelaba. Eran piedras sueltas del edificio que se había

de levantar, y que el Señor iba labrando por medio del Padre Claret. Entre éstos estaba el joven sacerdote D. Manuel Vilaró, quien desde 1846 fué su compañero inseparable en las Misiones hasta que el P. Claret partió para Canarias.

En las excursiones apostólicas que hacía palpaba cada vez más la falta de operarios evangélicos, y se le desgarraba el corazón de pena al ver que no podía recoger por falta de confesores la abundante mies que él con sus predicaciones había segado. “En ésta,—escribió en 1846 desde Sarreal á su amigo Caixal,—se hace, gracias á Dios, un fruto extraordinario; lo que falta son confesores; yo y mi compañero trabajamos noche y día, pero con todo apenas podemos hacer nada: los demás sacerdotes verdad es que nos ayudan; mas como no están acostumbrados á confesar tanto, y por otro lado son poco aficionados á ello, se cansan pronto y lo dejan. Este es uno de los males predominantes en el clero del arzobispado; poco clero y sin afición á confesar, y es lástima, porque hay almas que tienen muy buen corazón, las cuales, si fuesen cultivadas, darían fruto centuplicado.” Y al final de la misma carta muestra tal pena al ver que, á pesar de estar confesando desde la mañanita hasta muy entrada la noche, no puede despachar por falta de compañeros á los centenares de personas que piden confesión, y mayormente á muchísimos hombres que, después de haber llevado una vida muy desarreglada y escandalosa, lloraban compungidos de dolor alrededor del confesonario de nuestro Padre, pugnando por llegar á sus plantas y aguantando horas y horas los rigores del frío, que no pudiendo su corazón de Apóstol presenciar tan tierna escena, exclama: “¡Pobrecitos!, ellos padecen y yo padezco por verlos á ellos padecer; ¡ay!, ¡cuánto quisiera que Dios se me llevase al cielo!.” El amante de las almas deseaba ardientemente acudir á todas; y como no le era posible ni tenía suficientes compañeros que en ello le ayudasen, se afligía sobremanera, se quejaba amorosamente al Señor y le pedía ó que le llevase ya á sí, ó le diese compañeros que atendiesen á la salvación de las almas.

Para probar más el apostólico celo de su Siervo permitió el Señor que en Abril de 1847 cayese enfermo, perdiendo el apetito é hinchándose bastante una rodilla, pierna y pie; mas el Siervo de Dios no dejó por esto de trabajar á la medida de sus fuerzas. Pedía al Señor que le restituyese la salud si había de

ser para su gloria, y entretanto meditaba penetrar con sus predicaciones en lo interior de España, junto con algunos de sus compañeros, pues era ya sobrado reducido el Principado catalán para los ardores de su celo. Antes de emprender esta nueva excursión intentaba disponerse á ella con cuarenta días de ejercicios, hechos en algún célebre y retirado santuario, como Montserrat, y desde allí dar comienzo á la conquista de España entera para Jesucristo (1). Pero el Señor por entonces no quiso que se verificase semejante plan, reservando su ejecución para los Misioneros que el Siervo de Dios había de fundar, y también, aunque de modo muy diverso, para el tiempo en que nuestro Padre había de estar como puesto sobre el candelero de toda la Iglesia española.

Aunque no había llegado aún el tiempo señalado por la divina Providencia para la fundación de su obra, el P. Claret iba disponiendo los materiales de ella y juntando compañeros, á quienes comunicaba su mismo espíritu, entre los cuales se le había ofrecido el canónigo Caixal. Este señor tenía formado de nuestro Padre elevadísimo concepto, y le servía, como dijimos, en la publicación de sus numerosas obras. A fines del 48 el demonio trabajó muchísimo para arrebatarse al P. Claret á este su dulce amigo, en quien aquél mucho confiaba; mas aunque por algunos momentos hizo dudar al valeroso compañero, al fin no consiguió vencerle, sino que antes sacó de ahí mayor pérdida, pues desde entonces con tanto calor tomó el señor Caixal la obra de la nueva fundación, que nuestro mismo Padre hubo de reprimir su abrasado celo con una carta que le escribió desde Las Palmas, con fecha 11 de Diciembre de 1848, en la que se retrata á la vez el corazón ternísimo del Siervo de Dios, el móvil de sus empresas y la prudencia con que esperaba los acontecimientos para llevar á cabo la obra que tantos años hacía meditaba. Merece seguramente ser conocida de mis lectores, á lo menos en los párrafos que se refieren á lo que estamos tratando: "Mi señor y cordial amigo: No cabe en mi corazón, ha de rebosar por fuerza la alegría al ver resucitado al que ya contaba muerto y hallado al que tenía por perdido, como me lo da á entender la que acabo de recibir, empezada á ser escrita á primeros de Septiembre y concluida á 17 de Oc-

(1) Carta del P. Claret al Sr. Caixal. Vich, 12 de Agosto de 1847.

tubre. Dos veces he tratado con canónigos la causa de Dios que defendiendo, y otras tantas han sido frustrados los proyectos. Es verdad que soy un borrico que no sabe más que rebuznar; pero también á veces Dios se vale de los asnos para hacer conocer su voluntad á los profetas. En cierta ocasión Dios llamaba á un canónigo para compañero mío; yo se lo dije, pero él, como aquel perezoso que quiere y no quiere, no sé si por malicia ó si deslumbrado con la arrogancia de sus armiños, no vió lo que debía hacer; lo cierto es que fué omiso, y el Señor, con un poquito más, le habría tratado como á aquel criado malo, castigándole con las tinieblas exteriores, pues que al cabo de poco Dios le castigó con una enfermedad muy larga, acompañada de agudísimos dolores.

„Casi lo mismo ha sucedido con Ud.; pero gracias infinitas sean dadas á Dios y á su Madre santísima que Ud. abre los ojos y se resuelve á emprender lo que Dios quiere de usted; ¡qué alegría me da!... ¡quién me diera los brazos tan largos como los deseo para darle el más tierno y afectuoso abrazo! En cuanto á volver, yo estoy pronto para emprender hoy misma el viaje si ésta es la voluntad de Dios, la que únicamente deseo cumplir; pero Ud. no ignora que no debemos apoyarnos en nuestra prudencia y que no debemos creer á todo espíritu. Usted bien sabe que San José fué á Egipto porque el ángel del Señor se lo mandó, y que de allá no volvió hasta que el mismo ángel se lo dijo: lo mismo le digo; si yo vine á Canarias, fué porque mi Superior, suplicado por este señor Obispo, me lo dijo, y al momento que me diga que vuelva, yo al momento iré. Veo el plan de Ud., y le digo que es de Dios y que se verificará con el tiempo; este mismo pensamiento algunos años ha que le tengo concebido en mi interior, pero todavía no, ha llegado la hora del parto; yo he procurado, con el auxilio del Señor, hacer como aquella madre que antes del parto tiene prevenidos los pañales y fajas para envolver la criatura, y para consuelo de Ud. le debo decir que ya hay casa destinada para esto, hay sujetos, hay... etc., etc.; pero no se debe violentar el parto... Mire, señor, que nos hallamos como aquella mujer preñada del Apocalipsis, que delante tiene un terrible dragón para devorarle la criatura que ha de dar á luz.

„Entretanto trabajen Uds. todo lo que puedan con palabras y con escritos y, sobre todo, con libros, y al momento

que conozcan llegada la hora del parto digan á mi Superior que me escriba, que volando vendré.»

Estos últimos párrafos y la hermosa comparación que contienen, hacen referencia á la fundación de nuestro Instituto de Misioneros, el proyecto del cual estaba ya entonces muy adelantado, y del que tenían ya noticia muchos amigos suyos que habían prometido favorecer en cuanto pudieran sus planes. Causa verdaderamente admiración la seguridad con que el P. Claret afirma que el plan de la fundación se llevaría á cabo con el tiempo. No puso aquí las cláusulas ó restricciones que otras veces solía cuando juzgaba, según la prudencia humana, *si Dios quiere, con el auxilio de Dios, Dios mediante, etc.*, sino que absolutamente, y como quien está cierto de ello porque lo ha visto, asegura que el plan es de Dios y que se verificará; lo cual da claramente á entender que el Señor le había inspirado dicho proyecto y que había tenido revelación de que se ejecutaría, aun cuando el Señor no le había manifestado aún el tiempo en que cumpliría sus divinas promesas.

De unos apuntes que hizo el día en que Dios le comunicó el divino plan, ya más distinto y concreto, y en donde escribió los afectos, luces y revelaciones que formó en la oración de aquel día, y que por una coincidencia especial se pudieron recoger, tomamos las siguientes líneas: "Ayudado de vuestra gracia, — dice á Dios y á la santísima Virgen María, — y de los compañeros que me destinéis, formaré esta Congregación, de la cual yo seré el último y el criado de todos, y por lo mismo les besaré los pies, les serviré á la mesa y me tendré por muy dichoso de ejercer estos oficios.»

En una postdata de la carta antes citada habla ya de un modo más claro de la futura fundación, tratando de determinar el lugar más conveniente para la primera Casa, pues se la habían ya ofrecido en distintos puntos, y expone su parecer de que no convenía establecerla en Canarias. "Diga á D. Palau, — escribe, — que no desista del plan del Colegio para Misioneros; quizá con un proyecto, lo permitido para una cosa la haríamos servir para muchas. Este señor Obispo mucho gustaría que se pusiera en Canarias este Colegio; pero á mí me parece que para reunir operarios mejor sería en Vich, Manresa, Gracia (y en cada uno de estos lugares me han prometido casa en caso de verificarse...). Ni se dé por razón que convendría en

Canarias para empezar á aclimatarse en estas tierras, pues que yo, que he pasado todo el verano en ésta, digo que mucho más calor tenía que sufrir en España que en estas islas; es verdad que cuando sopla el viento de Levante ó africano parece un horno encendido á todo fuego; pero si se quiere se puede preservar muy bien de él, pues que hay otras poblaciones á las que apenas nunca llega tal viento, y en las que siempre reina el aire fresquito de la parte del Norte, en donde hacía mis Misiones en verano con menos calor que en España.»

Vuelto á Vich el P. Claret á mediados de Mayo de 1849, trató de activar la fundación que tanto anhelaba, y que tanta gloria había de dar al Señor y de tanto provecho había de ser para la santificación de las almas. Al lado de sus principales amigos, el muy ilustre Sr. Soler, obispo después de Teruel, y á la sazón magistral del Cabildo y Rector del Seminario Conciliar de Vich; el muy ilustre canónigo Passarell; el P. Bach, Prepósito del Oratorio de San Felipe Neri, y el Ilmo. Casadevall, obispo de la diócesis, el plan maduró en poco tiempo y se hicieron todos los preparativos necesarios para la fundación. Desde esta época tenemos ya noticias claras de lo que atañe al Instituto, por haberlas consignado por escrito el mismo Padre Claret. "Á mediados de Mayo, — escribe, — llegué á Barcelona y me retiré á Vich, y hablé con mis amigos los señores canónigos D. Soler y D. Passarell del pensamiento que tenía de formar una Congregación de sacerdotes que fuesen y se llamasen Hijos del Inmaculado Corazón de María: ambos á dos acogieron muy bien mi pensamiento, y el primero, que era cabalmente rector del Seminario de Vich, me dijo que tan pronto como salieran los colegiales ó seminaristas para sus casas á pasar las vacaciones nos podíamos reunir nosotros en el mismo Seminario y habitar sus cuartos, y mientras tanto Dios nuestro Señor dispondría otro local. Este mismo pensamiento lo propuse yo al Ilmo. Sr. Obispo de Vich, que lo era el doctor D. Luciano Casadevall, que me quería muchísimo, quien aplaudió sobremanera el plan que yo le había manifestado, y convenimos que durante las vacaciones viviéramos en el Seminario, y que él entretanto haría habilitar el convento de la Merced, que el Gobierno había dejado á su disposición, y así se hizo; el señor Obispo dispuso el local correspondiente en el convento de la Merced, y yo entretanto hablé con algunos

sacerdotes á quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado; éstos eran: D. Esteban Sala, José Xifré, Domingo Fábregas, Manuel Vilaró, Jaime Clotet y Antonio Claret, el ínfimo de todos, y á la verdad todos son más instruídos y virtuosos que yo, y me tendría por muy feliz y dichoso en considerarme criado de todos (1)., El 23 de Mayo daba cuenta al Sr. Caixal de la buena coyuntura que en Vich se le ofrecía de disponer sujetos utilísimos para la obra que entrambos meditaban, y exhortábale á trabajar con empeño en la publicación de libros, porque, le decia, es voluntad de Dios que Ud. procure disponer libros y yo hombres.

Otra de las personas más respetables á quienes consultó el pensamiento ó, mejor, la inspiración que de Dios había recibido, fué el virtuosísimo y celosísimo Echanove, arzobispo de Tarragona, varón de muchas letras y prudencia y cortado á la medida que el Apóstol dió para los Pastores de la Iglesia. También este Excmo. señor aprobó la idea con entusiasmo y alentó al P. Claret para su pronta ejecución. Por todos los modos que el hombre puede conocer la voluntad divina estaba probado que la obra era de Dios, que la revelación había sido verdadera y no hija del ingenio humano, ni mucho menos de la vanidad ó deseo de figurar entre los hombres. Según testimonio del Rmo. P. José Xifré, actual Superior General del Instituto, la revelación comprendía también una promesa de Jesucristo en orden á la duración y extensión del mismo, pues que el Señor le aseguró que la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María se extendería por todo el mundo y duraría hasta el fin de los siglos. Hoy día está ya, gracias al Señor, casi enteramente cumplida la primera parte, pues la Congregación posee Casas en Europa, en África y en el Nuevo Mundo.

La empresa de la fundación era arriesgadísima é imposible de realizar si se intentaba llevar á cabo con el carácter de Instituto religioso, porque éstos, por lo que se refiere á los varones, habían sido sacrílegamente suprimidos en España en el año de 1835, á excepción de los Padres escolapios y de alguno que otro convento destinado á proveer de sujetos á las

(1) Manuscritos del P. Claret.

Misiones españolas de Oriente. La inicua ley, á pesar del ánimo más ó menos conciliador de los que entonces regían los destinos de la patria, no había sido abrogada aún, y los votos religiosos continuaban siendo á los ojos del Gobierno el mayor atentado contra la mal entendida libertad. Las sangrientas heridas causadas á las costumbres públicas con semejante supresión no podían, por de pronto, restañarse con la vuelta de las Órdenes religiosas, por oponerse á elló abiertamente los que estaban en el poder; y así, los hombres celosos y que se desvivían por la salvación de las almas hubieron de inventar otros medios que, sin ofender la suspicacia oficial, dieran idénticos resultados. Esta fué la causa porque en el proyecto del P. Claret no entraron al principio los votos religiosos, aunque en lo demás concertó un plan de vida común y tan ajustado á la fiel observancia de los consejos evangélicos que no parece se podía más pedir para llegar al fin del Instituto, que no era otro que "procurar en todo la gloria de Dios, la santificación de sí mismos y la salvación de todos los habitantes del mundo (1)., Dejando para más adelante dar una noticia más circunstanciada de la organización del nuevo Instituto y de las reglas acertadísimas que su Fundador le dió, daremos brevemente á conocer á los cooperadores evangélicos que el Señor deparó á nuestro Padre para fundamento de la grandiosa obra que estaba ya tan próxima á su ejecución.

El primero y más señalado por el prestigio de que ya entonces gozaba, era el presbítero D. Esteban Sala. Tenía entonces como unos treinta y un años; de carácter dulce y amable para con los demás y austero para consigo, hacía la virtud atractiva y se granjeaba á la vez el respeto y el amor de los demás. Era de mediana estatura, de rostro hermoso y suavemente expresivo, que parecía como bañado de una lumbre y resplandor celestial. Su levantado espíritu, sus talentos extraordinarios y más aún su elocuencia agradablemente arrebatadora, le hacían parecer entre los demás, después del Fundador, como la primera y más noble figura. Cuantos le oían quedaban admirados, y cuantos se acercaban á él se sentían impelidos á amarle. Los que más de cerca le trataban mirábanle como á santo, y verdaderamente lo era, pues á pesar de

(1) Constituciones primitivas, impresas en 1857 en la Librería Religiosa.

los aplausos que todos indistintamente le tributaban; á pesar de la amistad y benevolencia con que le honraban las personas más caracterizadas de la diócesis, ora por su dignidad, ora por sus letras y talentos, no obstante las consultas que como á persona tan prudente é ilustrada de Dios de todas partes le dirigían, se mantenía siempre en su humildad y en el conocimiento de su propia bajeza; y aun cuando después fué Superior, trataba á sus súbditos con respeto y deferencia, consultaba con ellos todos los negocios de alguna gravedad, y no se desdenaba, desconfiando siempre de sus propias luces, de seguir el parecer de sus subordinados.

Se conocieron por vez primera él y el P. Claret en Gombren, en donde, como se dijo en su lugar, el año 1843 hizo don Esteban los ejercicios espirituales de San Ignacio bajo la dirección de nuestro Padre, y desde entonces le cobró tal afición que fué el primero en ofrecérsele cuando el Siervo de Dios juntaba los primeros compañeros de la Congregación. Difícil hubiera sido hallar alma más pura y amable que la suya. Su modestia parecía angelical; una sola sonrisa de sus labios serenaba las conciencias y alegraba el alma, y tal fué la pureza y limpieza de su espíritu y de su corazón, que el Rmo. José Xifré, que fué por mucho tiempo su director espiritual, no duda en afirmar que el P. Esteban murió sin haber perdido la inocencia bautismal. Su ingenio y talento brillaban sobre todos sus condiscípulos en la entonces floreciente universidad de Cervera, de tal suerte que apenas terminó los estudios fué puesto en terna para darle la primera cátedra que vacase en la misma Universidad, y entretanto ejerció de profesor en el célebre colegio de Vall-Fogona, al que tanto nombre dió uno de los más conspicuos poetas españoles del siglo XVII.

Era, en fin, en todas sus cosas irreprensible; y aunque el Señor no le concedió aquel espíritu emprendedor que caracterizó á su sucesor en el cargo de Superior general de la Congregación, fué, sin embargo, su gobierno muy útil á la Congregación por las simpatías que sus excelentes dotes le granjearon, y afianzó y aseguró su existencia con el cariño y aprecio de las personas más señaladas por su virtud, saber y autoridad.

Algo menos joven que el anterior, pues sólo contaba treinta y dos años, de carácter muy distinto, aunque no menos celoso

de la gloria de Dios, D. José Xifré era el destinado por la divina Providencia para ser como el segundo fundador del Instituto por lo mucho que había de contribuir á su organización y desarrollo. Joven de talento y de inteligencia despejada, alto de cuerpo y delgado, de tez morena y ojos brillantes, en las facciones veíase como retratada la energía y constancia de su carácter. Hombre de una idea, la que lleva á ejecución luchando como héroe contra todas las dificultades, en el ejército hubiera sido general invencible por su talento y valor; en la marina heroico aventurero, y en la república terrible dictador, que hubiera hundido la soberbia de sus contrarios; pero el celo de la gloria del Señor se apoderó de aquel corazón magnánimo desde la más tierna edad, y determinó para siempre un empleo más glorioso y saludable de las energías ocultas en su carácter.

Fija en su mente la gloria de Dios como norte y fin de sus ideas, no pensó ya en otra cosa sino en procurarla á todo trance con todos los recursos de la inteligencia y con todas las fuerzas del corazón. No le espantaban las dificultades ni le asustaban los peligros. En medio de las unas y de los otros parecía estar como en su centro, peleando contra ellas y ofreciendo su salud y su vida en servicio de la causa de Dios. Bien pronto conoció el P. Claret el tesoro encerrado en el corazón de aquel joven magnánimo y adivinó los vastos designios que el Señor sobre él tenía, por lo cual le amó con especial afecto y consultó con él los negocios más graves que se ofrecían á los principios de la Congregación.

Dos años antes de que ésta se fundara llevaba ya *Mosén Xifré* una vida apostólica dando Misiones á los pueblos y ejercicios al clero, y el Señor había infundido en su alma idénticas aspiraciones á las del P. Claret; por lo cual, cuando éste le llamó á formar parte del nuevo Instituto, acudió gustosísimo y dió gracias á Dios porque iba á verificarse el plan que él mismo acariciaba.

El tercero de los que sirvieron de fundamento á la empresa fué D. Manuel Vilaró, joven sacerdote, algo bajo de estatura pero de presencia agradable, amable por su jovialidad siempre modesta, bien que sabía andar serio y grave cuando era menester. Fué de los primeros que acompañaron en sus tareas apostólicas al Padre Fundador, con el cual juntamente re-